

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

¡¡DE CUELLO
VUELTO!!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito sobre

EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

SANTIAGO GASCÓN

1885



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

1.1507P.32

N.º de la procedencia

2016

!!DE CUELLO VUELTO!!

¡¡DE CUELLO VUELTO!!

JUGUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

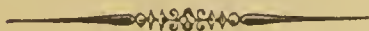
escrito sobre

EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

SANTIAGO GASCÓN

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el
Teatro de la PRINCESA, la noche del 16 de Diciembre de 1885.



MADRID: 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA

Caños, 1.

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA NICOLASA.....	Sra. Zapatero.
AURORA.....	Srta. Olvido Muñoz.
DON NICOMEDES.....	Sres. Rossell.
DON ANSELMO.....	» Compte.
PEPITO.....	» Mendiguchía.
TOMÁS.....	» Martínez.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, perteneciente á Don Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales. En segundo término una ventana. Velador, sofá, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

AURORA haciendo señas, delante de la ventana, como indica el diálogo; luego PEPITO.

AUR. Que si te quiero? Más que á mi vida. (Pausa.) Que cuánto más? Pues... ocho veces más. Es poco? Pues... veinte, ciento, las que tú quieras. (Pausa.) Que si puedes pasar? De ningún modo, no señor; eso sería un atrevimiento. Pues no se ha quitado de la ventana y es muy capaz de venir? Es preciso evitar que suene la campanilla. (Hace mutis por el foro, y vuelve inmediatamente acompañada de Pepito.)

PEP. (Entrando.) Estás sola, Aurora de mi alma! (Viste traje de casa.)

AUR. Por Dios, Pepito, este es un atrevimiento que nos puede costar un disgusto. Mira; esa es la alcoba de mi madre y esta otra la de mi padre; aún duermen, pero de un momento á otro pueden salir y ya ves...

PEP. Pues de este modo, ya avisarán si se les ocurre

- salir. (Echa la llave á las puertas que ha indicado Aurora.)
- AUR. Eres atroz; me asustas, Pepito.
- PEP. Todo esto y mucho más lo expondría yo por tu cariño que no reconoce ni trabas ni parentescos, ni cerraduras.
- AUR. Sí; pero te podía ver algún vecino y comprometernos. Don Anselmo por ejemplo, que es tan amigo de mi padre y que parece que no te quiere mucho.
- PEP. Sí, sí, ya se que no le habla muy bien á tus padres de mí, y todo por que no le pago un piquillo que le debo.
- AUR. Pues págaselo, hombre, págaselo.
- PEP. Sí, en eso estoy pensando... hace algún tiempo. Pero, entre tanto, yo te aseguro que le cuestan bien caro los malos informes que da de mí.
- AUR. Sí, eh?
- PEP. Vaya; no hay noche que antes de acostarme, como el suelo de mi alcoba es el techo de la suya, no me cerciõre si está ó no en casa.
- AUR. Sí, eh, y para qué?
- PEP. Si está no deajo mueble en su sitio, ni de arrastrar la cama, ni de mover baules hasta que logro impacientarlo; y si no está todavía en casa, cuando yo me retiro, ó le ato una cuerdecita en la puerta de su cuarto ó le suelto el perro, ó le echo fósforos encendidos... de modo que rara es la noche que duermo en paz, desde que me has dicho que tan mal concepto ha echo formar de mí á tus padres.
- AUR. Pobre don Anselmo.
- PEP. No le compadezcas y dime que me quieres. (La coge una mano.)
- AUR. Suelta, atrevido.
- PEP. Pues dime que me adoras.
- AUR. Te he dicho que sueltes.
- PEP. Pues dime...
- AUR. Que viene mi mamá.
- PEP. Demonio! no era eso precisamente.
- AUR. Vete por Dios, que la estoy oyendo en su cuarto.

PEP. Sí, me voy; pero lo que es de hoy, te advierto que no pasa sin que venga á hablar á tu padre para dar formalidad á nuestro amor.
AUR. Por Dios, vete.
PEP. Adios, mi alma, adios. (Vase.)

ESCENA II.

AURORA.—DOÑA NICOLASA.

NIC. (Dentro.) Pero quién ha cerrado aquí! Aurora! niña!
AUR. (Abre la puerta.)
NIC. Es particular que no pasa una semana, sin que al levantarme me encuentre algún día con la llave echada.
AUR. Ay mamá, no lo extrañe usted; lo que es hoy, no tiene absolutamente nada de particular. Usted sabe el aire que ha habido esta noche?
NIC. Pues ni que fuera un temporal. Voy á llamar á tu padre y mira, es casualidad (Quitando la llave.) lo mismo la alcoba de tu padre.
AUR. Lo dicho mamá, un aire colado.
NIC. Niña, niña; á tí te pasa algo raro; hay ciertas anomalías que no me explicas satisfactoriamente. Hace un momento he oido en esta misma habitación una voz de hombre.
AUR. Ay! Pues eso... era... yo misma... que como estoy tan ronca... (Ahueca la voz.)
NIC. Ya, ya, efectos del mismo aire colado sin duda.
AUR. Sí, mamá.
NIC. Pues te advierto que, si esas vacilaciones tienen alguna relación con los galanteos del tal don Pepito, nuestro vecino, no abrigues la menor esperanza de mi protección.
AUR. Bien, mamá. (Con sumisión exagerada.)
NIC. Lo has oido?
AUR. Sí, mamá.
NIC. Y estás dispuesta á obedecerme?
AUR. No, mamá... digo, sí, mamá.
NIC. Oh! Si fuera yo la que tuviera los pantalones, otro gallo nos cantaríá á todos. Yo te lo asegu-

- ro; pero tu padre ha perdido por completo los papeles. Qué se puede esperar de un hombre como tu padre?
- AUR. Nada, mamá.
- NIC. Mira que ni acordarse siquiera que hoy hace treinta años, treinta! que nos unimos en indisoluble lazo.
- AUR. Ya, ya! pero en el regalo que usted le ha hecho, habrá, desde luego, recordado...
- NIC. Cá, ni por esas. Y cuidado que es bonita la camisa de dormir; la mejor que encontré. Me pareció el regalo más expresivo para solemnizar el treinta aniversario. Supongo que habrá cumplido Tomás el encargo de colocársela encima de la cama.
- AUR. Ya lo creo; pero me parece que se ha levantado ya.
- NIC. Sí; como que viene hácia aquí.

ESCENA III.

DICHAS.—DON NICOMEDES.

- AUR. Buenos días, papá.
- NICOM. (Sin reparar en ellas.) (Oh! el lance fué estupendo.)
- NIC. (A Aurora.) Ves, ni siquiera se ha apercibido que estamos nosotras; y trae la camisa puesta.
- AUR. (A Nicolasa.) Es verdad; qué le ocurrirá?
- NICOM. (Aparte.) Pero, Dios mío, de dónde partió? de dónde?
- NIC. Buenos días, hombre, buenos días.
- NICOM. Ah! Estábais ahí, no os había visto. Me alegro mucho que. . (Inexplicable, inexplicable.)
- NIC. Si no tienes nada que decirnos, nos vamos para allá dentro.
- NICOM. Yo... sí... digo... no... digo... sí... que me preparen el chocolate
- NIC. (A Aurora.) Cuando te digo que algo le pasa á á tu padre.
- NICOM. No me habeis oido?
- NIC. Sí, hombre, sí, vamos. Vamos. Ay! Quién ha-

bía de decírmelo tal día como hoy el año cincuenta y cinco. (Vanse Aurora y Nicolasa.)

ESCENA IV.

DON NICOMEDES, sólo.

NICOM.

Gracias á Dios que me veo solo; porque lo primero, lo primero, es, antes de llevar más adelante mis averiguaciones, cerciorarme si ha dejado ó no huella el atentado en mi apacible fisonomía. Eran las once de la noche cuando me retiraba ayer á mi honrado domicilio, abro con cierta cautela la puerta de la casa, subo el primer tramo de escalera, sin luz, como es mi costumbre, y sin novedad, como era de suponer, y llego entre las más espesas tinieblas al primer escalón del segundo piso. No bien había puesto el pié en él, de puntillas, por supuesto, para no molestar á los vecinos que se entregaban á las dulzuras de Morfeo, cuando delante de mí siento levantarse amenazadora y siniestra una mano extraordinaria, formidable, atlética que viene á encontrar apoyo en mi carrillo derecho y á dar con mi cuerpo en tierra, después de hacerme girar con dos ó tres piruetas más ó menos académicas por todo el tramo. Después ni oí, ni percibí, ni ví nada más que un doior de padre y muy señor mío en la mandíbula, objeto de la inesperada ofensa, que fué acompañada de las siguientes y descompasadas voces «así escarmentará usted de una vez.» De qué habré de escarmentar yo? Aún no lo sé. Ah! Pero esa mano ha de tener un brazo, y ese brazo un cuerpo, y ese cuerpo una cabeza, que es la que yo necesito para vengar la incógnita é infame tropelía. Tomás! Tomás!

ESCENA V.

DON NICOMEDES.—TOMÁS.

- NICOM. Aproxímate, Tomás.
TOM. Qué me quiere usted, señor?
NICOM. Te tengo que hacer unas preguntas.
TOM. (Dios mío; si se habrá enterado del roto que le hice al camisolín. Por más *cucliao* que me encargó la señora, no lo pude remediar.)
NICOM. Vamos, ven, ven aquí. Mírame bien.
TOM. Sí señor. (Anda, como que la trae puesta. No hay más.)
NICOM. Qué notas en mí?
TOM. (Qué le diré yo?) Pues en usted noto, noto que está tan robusto y coloradote como siempre.
NICOM. Coloradote... Como siempre, ó más que siempre?
TOM. Sí señor, como siempre.
NICOM. De modo que no tengo el sello infamante en el rostro.
TOM. Por este lado no se vé *dengun* sello.
NICOM. Animal! Y por éste?
TOM. A ver. Tampoco hay nada... digo; sí señor, aquí, aquí. Pues así que es chica la señal.
NICOM. Sí, eh? Conque es tan grande?
TOM. Ya lo creo. Así escarmentará usted de una vez.
NICOM. Eh, qué dices? Que así escarmentaré de una vez? Lo que anoche oí cuando... por qué dices eso?
TOM. Toma, porque *toas* estas señales son de picaduras de mosquitos, y así escarmentará usted de dormir con la ventana abierta.
NICOM. Estúpido! Me había figurado... No, éste no puede ser.
TOM. (Menos mal que aún no ha visto el roto.)
NICOM. (Campanilla.) Mira; han llamado; sea quien sea que me espere que tengo que bajar á hablar al portero antes de ver á nadie. (Vase.)
TOM. Bueno, señor, bueno.

ESCENA VI.

TOMÁS.—DON ANSELMO.

- ANS. Hola, muchacho, hola. Uf! Me rinde subir la escalera.
- TOM. Buenos días, don Anselmo.
- ANS. Ayúdame á quitar el gabán. (Lo ayuda.) Ay! Ay!
- TOM. Qué es eso? Le he hecho daño en un brazo?
- ANS. No, no es nada. (Aún me resiento.)
- TOM. *Pus* están *ustés* todos bien en la casa; al uno que le duele un brazo, al otro que está distraído. Malos vientos corren. En fin, avisaré á don Nicomedes. (Vase.)
- ANS. Pero señor, qué maldita ocurrencia me daría á mí de acechar á ese tunante que tan malos ratos me hace pasar por la noche.

ESCENA VII.

NICOMEDES.—ANSELMO.

- NICOM. Hola, hola, qué de mañana tú por aquí. (Lo va á abrazar.)
- ANS. Ay, ay!
- NICOM. Qué es eso? Te duele algo?
- ANS. No, cá. Ya te lo contaré. (Lo da un golpe en la cara.)
- NICOM. Ay, ay!
- ANS. Ahora eres tú el que ha dicho, ay!
- NICOM. Eso es, ay!... Ay! qué ganas tenía de verte.
- ANS. Ya; pues mira, yo he dicho ay! y te voy á explicar por qué; siéntate y dime. A qué hora te retiraste anoche á tu casa?
- NICOM. Sobre las once y media.
- ANS. Perfectamente; entónces es muy fácil que oyeras el ruido.
- NICOM. Qué ruido?
- ANS. El del bofetón.
- NICOM. El ruido del bofetón... Que si oí el ruido del bofetón? Luego tú también sabes? Me vas á dar media vida, con tu explicación. Sigue, sigue.

- ANS. Pero oíste...
- NICOM. Sí, hombre; lo oí perfectamente.
- ANS. (Con misterio.) Tú me podrás decir quién fué el que lo recibió?
- NICOM. (Con misterio.) Ya lo creo: y tú me podrás explicar quién fué el que lo dió.
- ANS. También, pero que te interesa?
- NICOM. Has de saber, querido Anselmo, que el víctima inocente del incógnito agravio, fué, fué mi honradísimo semblante.
- ANS. Tú! jál! jál! jál!
- NICOM. Bien, hombre, bien; la cosa tiene gracia.
- ANS. Jál! jál! jál!
- NICOM. Ahora venga el nombre del agresor, para confundirle.
- ANS. Chico, no puedo decírtelo.
- NICOM. Pues tú me prometiste que me lo dirías.
- ANS. Sí, pero no me has dejado acabar; que te lo diría, si lo supiera.
- NICOM. Tú me engañas.
- ANS. No te engaño, y prueba de ello es que te ayudaré en tus investigaciones.

ESCENA VIII.

DICHOS.—PEPITO.

- PEP. (En la puerta del foro con timidez.) Se puede entrar?
- NICOM. (Sin reparar en Pepito.) Lo primero que hay que hacer es hablar al portero, porque, te advierto, que no cejo hasta dar con el autor.
- ANS. Bueno, hombre, bueno. Pues yo mismo voy á hacer esa gestión.
- NICOM. Amigo mío! Y si lo averiguas, pídemelo lo que quieras, que todo te lo concedo, con tal que me expliques la sorpresa... anónima de anoche.
- PEP. Se puede pasar?
- ANS. (A Nicomedes.) Aquí tienes al mequetrefe de Pepito. Si yo le encontrára á solas...

- NICOM. Adelante. (Aparte á Anselmo.) A buena hora llega.
- ANS. Pues yo dejo á ustedes. Adios... Pepito. (A Nicomedes.) Confía en mí.
- PEP. Adios, don Anselmo. (Mala persona.)
- NICOM. Adios.
- PEP. (Mientras se despiden en el foro Anselmo y Nicomedes.) Conque concederá todo lo que le pida á la persona que le descubra... qué será, Dios mío? Si yo pudiera averiguarlo, qué gran ocasión para mi solicitud.

ESCENA IX.

NICOMEDES.—PEPITO.

- NICOM. Siéntese usted, amigo mío.
- PEP. Muchas gracias. (Me llama su amigo; esto me anima y me conmueve.)
- NICOM. Pues... usted... dirá... (Por qué diría Anselmo...?)
- PEP. El objeto que me trae...
- NICOM. (Alto y distraído.) Por más vueltas que le doy no puedo comprenderlo.
- PEP. No lo puede usted comprender. . pues para eso se lo voy á explicar yo. Yo quiero á Aurórita con toda mi alma, y soy médico...
- NICOM. (Distraído.) Bien; sé que no me debo preocupar de eso.
- PEP. Me parece perfectamente; pero yo debo decírselo á usted, don Nicomedes.
- NICOM. Ah... Decía usted...? Estaba distraído.
- PEP. Decía á usted, que mi deseo era que autorizara usted mis relaciones con su hija, para que cuando lo creyéramos oportuno, más adelante, pudieran llegar al término que la... que los... vamos... ya me entiende usted.
- NICOM. Sí, sobradamente; pero señor don Pepito, yo lo siento mucho, mucho; mi hija es muy joven aún y yo no quiero consentir que se formalicen unos amoríos, cuyo fin no puede estar nada próximo.

- PEP. Don Nicomedes, su contestación de usted es una puñalada para mí.
- NICOM. No puedo darle otra. (Se levanta.)
- PEP. (Apuremos el último recurso.) Don Nicomedes, mi objeto, al venir á verle á usted hoy, era, además del que le he indicado, otro. (Con misterio.) Descubrir á usted al autor... anónimo... (Hay que jugar el todo por el todo.)
- NICOM. Cómo? Usted sabe... lo de anoche?
- PEP. Sí señor, y como también sé que no ha de negar usted nada al autor ó al que le descubra... (qué será, Dios mío.) Porque convengamos que la sorpresa fué... de lo más .. sorprendente... (Veremos si lo sonsaco.)
- NICOM. Sí señor, mucho. (Pero... quién fué? Quién fué?
- PEP. Quién fué... pues... yo mismo, señor don Nicomedes.
- NICOM. Usted!! Y me lo confiesa usted de esta manera?
- PEP. Sí señor. Pensaba dar hoy este paso y dije para mí, pues... conviene prepararle á mi favor con una sorpresa.
- NICOM. Pero está usted en su juicio?
- PEP. (Digo, eh! Qué efecto le ha hecho.) Sí señor. Conque, le parece á usted si soy ingenioso?
- NICOM. Sí... muy ingenioso.
- PEP. (Se salvó el país.) Y ahora... futuro papá suegro, supongo que no tendrá usted inconveniente en concederme lo que antes me negaba.
- NICOM. Ahora, señor trasto, en lo que no voy á tener inconveniente, va á ser en romperle á usted el bautismo á cuenta de lo de anoche. (Corre detrás de él.) Infame!
- PEP. Socorro, socorro!! (Escapa por el foro.)
- NICOM. Canalla, atrevido! Pero señor, si parece mentira tanto cinismo. Si será un error?

ESCENA X.

NICOMEDES—NICOLASA.

- NIC. Qué gritos eran esos? Qué ha ocurrido?
- NICOM. Nada, mujer, nada; que mañana nos mudamos

de esta casa, á un piso bajo, para que no tenga yo que subir escaleras; mejor á una tienda. Voy ahora mismo á ver si hay alguna desalquilada en el barrio.

NIC. Pero á qué vienen esas prisas? Qué te ha pasado?

NICOM. Pues nada, que... hay duendes en esta casa.

NIC. Duendes!

NICOM. Duendes. Sí, mujer, sí.

NIC. Pues me parece á mí que en un día como el de hoy, otras cosas eran las que te debían preocupar.

NICOM. Hoy, y por qué?

NIC. Hoy... 15 de Julio... Hoy, que hace...

NICOM. Es verdad, Nicolasa, hoy que hace... una porción de años... que...

NIC. Ni siquiera te has acordado. Ingrato!

NICOM. Tienes razón, mujer.

NIC. A pesar de que yo he hecho *todo lo posible...* por traértelo á la memoria.

NICOM. Tú?

NIC. Yo... Sí... Pero tú, cá, te meterías anoche en la cama sin reparar en ello.

NICOM. Anoche... Oye, vamos poco á poco, sin reparar, en qué?

NIC. Pues hombre, en la novedad que te tenía preparada.

NICOM. Eh! La novedad... de anoche... tú... calla, calla, no es posible.

NIC. Sí; sí es posible. En cuanto te has levantado ya te lo notamos tu hija y yo.

NICOM. Pero, qué, aún se me conoce?

NIC. Sí, y te sienta muy bien; me parece que en día tan *señalado*, no podía haber un recuerdo más expresivo.

NICOM. Conque tan *señalado y expresivo...* Nicolasa!

NIC. Y yo que creía que ni siquiera te habías fijado en ello.

NICOM. Basta, Nicolasa, basta. Me parece á mí que treinta años de tálamo conyugal, no te autorizan para dirigirme recordatorios como el de anoche.

- NIC. Pero, qué, no te ha complacido?
NICOM. Nicolasa, Nicolasal
NIC. Ah! torpe de mí. Ya sé por qué te has disgustado. Porque ha sido de *cuello vuelto*...
NICOM. Señora mía! Ese cinismo ya no tiene nombre. No vuelva usted á dirigirme la palabra. Esto es una broma hartó pesada. Usted ha sabido lo de anoche, y quiere hacerme creer...
NIC. Te digo qué fuí yo misma. Yo misma la preparé.
NICOM. Basta, basta.
NIC. Tomás, Tomás! Ven, así te convencerás.
NICOM. No quiero oír, ni saber nada. (Vase.)

ESCENA XI.

NICOLASA. — TOMAS.

- TOM. Qué quiere la señora?
NIC. Ven aquí, Tomás; tú sabes lo que vale la tranquilidad de una familia honrada.
TOM. Yo... sí, señora; aunque no lo sé me lo *feguro*.
NIC. Pues bien, en tus manos está la de tus señores.
TOM. *Pus* en buenas manos está el pandero. Usted dirá...
NIC. Nicomedes está hecho una fiera, yo no sé por qué razón.
TOM. Ay! señora; yo sí lo sé; pero crea usted que no lo pude remediar.
NIC. Es preciso que le expliques el encargo que yo hice anoche, pues duda de mí, y dice que hay duendes en la casa, y yo no sé cuántas tonterías más.
TOM. Dice... que... duendes. *Probe* señor, siempre he dicho yo que tenía pocos alcances.
NIC. Si serás animal...
TOM. Ya lo creo, señora; pero descuide usted que *asina* y todo yo se lo contaré á don Nicomedes y verá usted cómo se le pasa el enfado. Ahora *mesmo* va á ser.

ESCENA XII.

DICHOS.—DON NICOMEDES.

- NICOM. Todavía aquí?
- NIC. Sí; pero mi dignidad no me permite añadir una palabra; á Tomás dejo el encargo de darte explicación. (Vase.)
- NICOM. Está bien; vamos á ver, mastuerzo; qué tienes que decirme?
- TOM. *Pus* señor, que no *despute* usted con la señora por el regalo de anoche.
- NICOM. El regalo? Eh?
- TOM. Sí señor, porque la señora no tiene la culpa de nada; el que hizo todo el daño fuí yo.
- NICOM. Tú! Otro más! Pero la señora...
- TOM. La señora no sabía *naa* hasta que usted se lo ha dicho. (*Pus* no arman mal escándalo por el tal camisolín.)
- NICOM. Pero pedazo de atún, qué idea te dió...
- TOM. *Miste*, don Nicomedes, no se alborote usted, porque yo lo hice sin querer, es la verdad. Yo me he callado, por si acaso no se enteraba usted, pero ya que lo ha notado, no tengo por qué ocultarlo. Además, doña Nicolasa, me ha dicho: «En tus manos está la tranquilidad de mi familia.»
- NICOM. Conque en tus manos? Bien, hombre. Y con qué mano fué?
- TOM. *Pus* *miste* que no me acuerdo; pero debió ser con la izquierda, que es donde menos fuerzas tengo.
- NICOM. Pues hijo, si llegas á tener fuerza, no sé lo que me haces.
- TOM. Toma, si me descuido un poco le hago dos, y entónces sí que hubiera sido ella.
- NICOM. Pero, si será imbécil.
- TOM. Conque supongo que ya no guardará usted rencor á su mujer. Ya sabe usted que fuí yo, que estaba á oscuras.
- NICOM. Sí, eso ya lo sabía.

- TOM. Que fuí á encender una luz para alumbrar á usted porque le oí abrir la puerta de la calle, cuando zas! ya sabe usted lo que sigue.
- NICOM. Sí, ya lo creo. Ves á llamar á la señora. (Este criado no puede seguir en casa.)
- TOM. Voy, señor, voy. (Vase.)
- NICOM. De ninguna manera; pero no seré yo quien lo despida. Allá se las componga mi mujer con él. Habrá bestia semejante.

ESCENA XIII.

DON NICOMEDES.—AURORA.

- AUR. (Qué cosas tan raras me acaba de decir Pepito por el balcón; que mi papá... no he podido entenderlo.)
- NICOM. Qué traes por acá? Ya sabes que ha estado aquí el jovenzuelo ese de enfrente, eh? Querrás creer que se ha atrevido á pedir que formalice...?
- AUR. Ya, ya. Si es muy atrevido. No lo sabe usted muy bien todavía. Y me ha dicho que se ha incomodado usted mucho con él, porque... no sé... por qué, pero creo que ha habido un error.
- NICOM. Sí, no cabe duda. Y siento haberle despedido un poco... bruscamente.
- AUR. Sí, papá, un error. (Lo primero es dejar bien al pobre Pepito.) Ha dicho que él fué el que... anoche...
- NICOM. Sí, sí, ya estoy... no me lo recuerdes.
- AUR. Pues bien, papá, yo aseguro á usted que él no fué... porque fuí... yo. (Esta es la mejor manera de dejarlo bien.)
- NICOM. Tú! Otra más, y ya son cuatro, cuando yo no he recibido más que un bofetón. Eso sí, valía por cuatro, pero fué una sola mano la que me lo dió.
- AUR. Un bofetón... Qué dice?
- NICOM. Esto no puede seguir así. Nicolasa! Tomás! Don Pepito! (Se asoma á la ventana para llamarle.) Venga usted y haga el favor de llamar al subir á Anselmo.

ESCENA XIV.

TODOS.

- NIC. Qué quieres, hombre, qué quieres?
NICOM. Vamos á ver si nos entendemos. Aurora, fuiste tú la que me pegaste anoche un bofetón mayúsculo en la escalera?
AUR. Yo, papá, jál jál!
NICOM. No decias...
AUR. Ay, papá; no te incomodes; yo he dicho eso por disculpar á Pepito, pero yo no sabía de lo que se trataba.
NICOM. De modo, Nicolasa, que has querido festejar el treinta aniversario.
NIC. Regalándote una camisa...
TOM. Que por poco hago yo anoche pedazos. (Se oye dentro la voz de don Anselmo que dice: «Así escarmentará usted de una vez» y el ruido de un bofetón.)
NICOM. Ya no teneis nada que decir.
PEP. (Con la mano en la cara.) Qué me quiere usted, don Nicomedes?
AUR. Qué es eso, Pepito?
NICOM. Ah; solo él y yo lo sabemos.
NIC. Pero qué significa?
NICOM. Significa que el de anoche...
ANS. (Entrando.) Aquí está.
NICOM. Tú!
ANS. Sí, yo que quise dar una broma á don Pepito á cuenta de otras que gasta él conmigo por las noches. No es verdad?
PEP. Sí señor.
NICOM. Pues sabes que tienes unas bromas muy... pesadas?
ANS. Vaya, de eso no hay más que hablar, si quieres evitarlo...
NICOM. Subo todas las noches con una pareja de Guardia civil.
ANS. Recibe en tu casa á don Pepito, que acabo de

tener de él muy buenos informes, y yo le apadrino.

PEP. . . (Bajo á Aurora.) Mira el efecto de haberle pagado.

NICOM. Si tú le protejes, sea; con la condición de que baje á abrirme la puerta todas las noches.

PEP. Convenido.

NICOM. Ya está al enigma resuelto.

NIC. Y tu inquietud terminada.

PEP. Qué nos falta?

AUR. Una palmada.

NICOM. Pero no *De cuello vuelto*.

TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.^ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.^ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Vallz*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Foscolo, 5, MILAN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.